

Don Dámaso Antonio Larrañaga ⁽¹⁾

Apuntes para su biografía

(*Conclusión*)

Las licencias y facultades que se le concedían en este nombramiento, fueron por el término prorrogable de dos años, pero al expirar ese término se le volvieron a conceder hasta el año 1810. En esa época ya sus permisos o facultades fueron permanentes.

En el desempeño de su cargo.

Ya nombrado Capellán de Milicias, título equivalente al de Capellán Mayor del Ejército, y siendo al mismo tiempo Teniente Cura de la Iglesia Matriz, todo su afán fué cumplir con sus importantes cargos. Para el desempeño del primero, ideó y llevó a cabo las prácticas doctrinales a los presos de la cárcel pública, todas las tardes, y dos veces por semana a los soldados de los distintos cuerpos, reunidos en uno de los cuarteles de la ciudad.

En ese tiempo mantenía una activa correspondencia con uno de sus hermanos que vivía en Pando, y como Larrañaga le contase la vida que hacía y la manera de hacer su doctrina, aquél le preguntó por qué siendo

(1) V. pág. 508 de este Tomo.

más los soldados que los presos, éstos eran visitados con más frecuencia que aquéllos; a esto contestó: "los presos, por serlo, son desgraciados, y, por lo tanto, necesitan más que los otros de los consuelos que da la religión católica a todo aquel que padece".

Como Teniente Cura de la Matriz, dirigió personalmente la lenta construcción de la Iglesia nueva y presidió muchas veces las reuniones de la Comisión de Fábrica en la que figuraba en aquellos años.

Durante mucho tiempo tuvo a su cargo los sermones de la Matriz. Alguno de ellos ha llegado hasta nuestros días, y si bien es cierto que en ellos se nota una ampulosidad innegable, hay que confesar que son de un fondo práctico como pocos en aquella época, y que hacen ver bien claro que al componerlos Larrañaga no tenía a mano más que un libro: el Evangelio.

Los esclavos tuvieron en el nuevo Teniente un verdadero protector que se preocupaba de los pobres morenos con el cariño y la abnegación con que pudiera haberlo hecho un padre; muchas veces intervino personalmente o por escrito para atenuar las justas indignaciones que la conducta de los esclavos producían en el ánimo de los patronos, y siempre salía de esos semi-juicios habiendo abogado y prometido en nombre del *negro alzado*. Esa conducta le valió el que uno de los viejos más respetables de nuestra ciudad colonial, al ver que no podía darle a un negro el castigo a que se había hecho acreedor, por haber interpuesto sus buenos oficios el doctor Larrañaga, le dijese entre risueño y colérico: mira, hijo, a ti debían haberte dado otro nombramiento del que tienes: en vez de Teniente de la Matriz, debías haber sido Teniente de los Negros.

Todos estos datos, de carácter privado, y muchos otros más que pudiera poner aquí, los he obtenido por la lectura de cartas íntimas, de las familias de Larra-

ñaga, Berro y Errazquin, y por relaciones verbales transmitidas de padres a hijos hasta la fecha.

Las invasio-
nes ingle-
sas.

Pero todas sus tareas y ocupaciones en las que, como se verá más adelante, ya las había de orden científico, se vieron interrumpidas por un factor que señala una época nueva en todo sentido para el Virreinato del Río de la Plata: las invasiones inglesas.

Larrañaga, como Capellán de Milicias, fué a Buenos Aires con el Batallón de Infantería, cuerpo de guerra éste, formado por lo mejor de la sociedad colonial. De su actuación en aquella emergencia, se habla bien claro en el expediente mandado instruir con motivo de la participación tomada por la ciudad de Montevideo en la Reconquista de la Capital del Virreinato.

El Batallón de Voluntarios de Infantería, era mandado por el coronel don Francisco García de Zúñiga, y su capitán de granaderos don Joaquín de Chopitea, fué, podemos decirlo, el cronista militar de la jornada. Toda la crónica de Chopitea está llena de interés y de colorido; pero no es posible insertar aquí más que lo referente a Larrañaga. Describiendo los primeros pases después del desembarco, dice textualmente:

... A la alborada del día 10 celebró el Sacrosanto Sacrificio de la misa en campo raso el presbítero don Dámaso de Larrañaga, Capellán de los Voluntarios de Infantería de Montevideo, puesto todo el ejército sobre las armas, y después de alabar a Dios y de dar el ¡Viva el Rey! emprendimos nuestra última marcha, etc., etc.

Hablando más adelante de los incidentes de guerra del día 11 de agosto de 1806, dice:

... Nuestro general tuvo particular cuidado en que se atendiese con prolijidad a la curación de los heridos Ingleses y nuestro Capellán Larrañaga estuvo con suma

vigilancia por conseguir la reconciliación de los de mayor peligro. Y agrega más adelante:

“Los oficiales de mi compañía, el teniente don Juan Ellauri, don Jaime Illa, teniente de la 7.^a del batallón que se agregó voluntario a la mía, y el subteniente don Juan Méndez Caldeiro, vecinos todos de esta ciudad y padres de numerosa familia, se coronaron de gloria en esta acción y comprobaron el valor, el patriotismo y el amor a nuestro soberano que los distingue. El Capellán del Batallón don Dámaso Larrañaga, oriundo de esta ciudad y de una de sus más distinguidas familias, que hizo formal empeño en seguir la expedición, contrajo igualmente un mérito bien distinguido, pues, a más de haber seguido a pie las penosas marchas del ejército, y procurando infundirle las más vivas ideas de honor y patriotismo; su dedicación y diligencia se aumentaban a proporción del riesgo. En el ataque del Retiro y en la acción general de la ciudad, se le bió siempre en medio del fuego, confortando a los soldados con la palabra y aplicando a los heridos la Extremaunción, donde quiera que caían, animando siempre con su ejemplo y con sus continuas exortaciones a la firmeza y constancia, tan necesaria para la victoria.”

En el expediente a que hacía mención más arriba, hay unas declaraciones de don José Espina, capitán del Regimiento de Dragones, de Buenos Aires, y hablando de la misa del 10, dice:

“El día 10 por la mañana, puesto el Exto. sobre las armas para marchar, celebró el Sto. Sacrificio de la misa en medio del campo el Presbítero Dn. Dámaso Antonio Larrañaga, Capellán de los Volunt. de Infant.^a de Montev.^o y de toda la Expedición”.

“Desearía poder puntualizar las acciones particulares de Cuerpos y aún las particulares de Individuos, pero como sólo me es lícito certificar lo que he visto,

nombraré las personas de que me acuerdo y diré algo de público y notorio.”

Nombra en seguida los Cuerpos que intervinieron en la Reconquista y el grado militar de sus componentes, y llegando al Cuerpo de Voluntarios de Infantería de Montevideo, dice: “Capellán y de todo el Exto., el Presbítero Dámaso de Larrañaga”. Sigue luego, como lo había prometido, un relato breve de acciones individuales y dice:

... “Dn. Joaquín de Chopitea y sus Ofizs., rompieron la marcha a la Vanguardia y el Presbítero Dn. Dámaso de Larrañaga, sacerdote virtuoso, sabio y distinguido, se halló siempre en medio de los maiores riesgos movido de su piadoso celo y de su decidido patriotismo”.

En el mismo expediente, Dn. Matías de Larraya da su certificado a pedido del Gobernador de Montevideo, y habla también de la Misa del 10, “que celebró, dice, el Capellán Mayor Doctor Dn. Dámaso de Larrañaga”.

El mismo Larrañaga, en carta a su cuñado don Pedro Francisco de Berro, le da cuenta detallada de todo lo que hubo en aquella memorable Reconquista. En esa carta, hay un dato que ayuda a formar la idea exacta de lo que era Larrañaga individualmente, y ya perfila un rasgo que al andar de los años lo había de caracterizar ya como hombre de corazón. Hablando del pobrerío que encontraron al llegar a Buenos Aires, del que dice no tener ni dónde guarecerse en las noches heladas de aquel invierno, se expresa así:

“Me conmovía tanto ver aquella miseria, que me obligaba a llorar de pena”. Concluye la carta pidiéndole a Berro la haga llegar a manos del Cura señor Ortiz.

En el movimiento del año 1898.

Vuelto a Montevideo con la expedición que regresaba cubierta de gloria, continuó sus oficios de Capellán del Ejército y Teniente de la Matriz.

Su personalidad vuelve a lucir en las primeras luchas que sirvieron de prolegómenos a las de la definitiva independencia.

Durante la dominación inglesa, Larrañaga no hizo más que secundar en todo a su digno maestro y amigo el Cura de la Ciudad, y fué entonces cuando trató más de cerca a aquel otro sacerdote tan merecedor al buen recuerdo de los orientales: el doctor don José Manuel Pérez Castellano.

Después de evacuada la plaza de Montevideo por los ingleses, a causa de la derrota sufrida en Buenos Aires, tuvo lugar en la casa que aún hoy llamamos "el Cabildo", aquella memorable asamblea del 21 de septiembre de 1808, llamada en nuestra historia el Cabildo Abierto del año VIII.

El acta de esa reunión, en la que se trataron y se resolvieron puntos de indiscutible trascendencia para la emancipación de América, fué firmada por todos los que en ella tomaron parte como delegados del pueblo, y por unas veinte personas más asistentes al acto, entre las que figuraba el Padre Larrañaga.

Hay que tener en cuenta que en esos momentos hacía cuatro años solamente que Larrañaga ocupaba un puesto de importancia en la ciudad; esto hace ver que ya en aquellos tiempos sus compatriotas le consideraban persona acreedora a tan alta distinción.

RAFAEL ALGORTA CAMUSSO.
